

nes al público lector español. En tiempos convulsos y en la época de ríos revueltos, las ideas de Pio Caroni pueden ser un acicate firme para que los profesores de Derecho (y en particular los de Historia del derecho) no se dejen arrastrar por las actuales corrientes autocomplacientes y cortoplacistas, pero para que tampoco estén aferrados al dogma de la continuidad ininterrumpida un derecho romano petrificado, capaz de sobreponerse a recopilaciones, códigos y constituciones.

Este libro –me imagino– no va a convenir a muchos especialistas en derecho positivo (pues suelen ser reacios a que los historiadores les ilustren sobre “su” materia) ni a los estudiosos de la “dogmática” del derecho romano y común, acerca de la necesidad del estudio histórico-crítico, sociológico y filosófico del derecho vivo. Sin embargo, puede “confirmar en la fe” a través de la reflexión a quienes creen todavía en el valor propedéutico de la historia y la filosofía como herramientas fundamentales para la interpretación del derecho y la sensibilización del jurista.

Rafael Ramis Barceló

Eduardo González Calleja: *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea 1865-2008*, Alianza Editorial, Madrid, 2009, 447 pp.

En los últimos tiempos abundan los trabajos que tienen por objeto historiográfico a los estudiantes universitarios. Se trataría de una especie de subgénero dentro de la historia universitaria –a su vez, en nuestra opinión, un subgénero de la historia socio-cultural–. Los criterios usados para acotar el objeto de estos trabajos suelen ser fundamentalmente cronológicos (algo previsible) y locales. Son numerosos los que se dedican a los estudiantes de un determinado periodo y/o una determinada universidad (baste recordar, con sendas recensiones perpetradas en esta revista por quien suscribe la presente, los libros de Juan Luis Rubio Mayoral, *Disciplina y rebeldía. Los estudiantes en la Universidad de Sevilla (1939-1970)*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2005

–recensión en CIAN, 10/2007, pp. 323-326–, y Alberto Carrillo-Linares, *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)*, Fundación Centro de Estudios Andaluces, Consejería de Presidencia, Junta de Andalucía, Sevilla, 2008 –recensión en CIAN, 12/2009, vol. Nº 1, pp. 192-194–, éste último por cierto no citado ni usado en el libro que ahora reseñamos).

Los que no abundan son libros como éste de Eduardo González Calleja, profesor de Historia contemporánea en la Universidad Carlos III, en el que trata de ofrecerse una síntesis sobre el movimiento estudiantil universitario en nuestro país desde 1865 a 2008. Esta visión alargada –que no calificaremos, para no resultar exagerados, como de *longue durée*– es, sin duda, una de las aportaciones principales de este trabajo. Si el periodo contemporáneo centrado en el franquismo por lo que se refiere al movimiento estudiantil español ha sido sobradamente cubierto, tanto con obras del carácter específico antes señalado como también con otras de índole general (a destacar recientemente, por ejemplo, Elena Hernández Sandoica, Marc Baldó Lacomba y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007), un lapso de tiempo como el que relata y, sobre todo, analiza el autor de *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea 1865-2008* ha de considerarse bastante novedoso (la excepción sería otro trabajo suyo, una suerte de adelanto, publicado cuatro años antes: «*Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles (1865-1969)*», *Ayer*, núm. 59, pp. 21-49, texto que forma parte de un número coordinado por él mismo, dedicado a «*Juventud y política en la España contemporánea*»).

El libro no es un mero relato descriptivo de unos hechos bastante conocidos. No se trata de contar nada nuevo, ni de hacer grandes revelaciones (a estas alturas bastante improbables). El autor no engaña y aclara desde el principio que va a tratar de contestar a tres preguntas. A saber: primero, en qué medida un grupo (habla de “cohorte”) delimitado por la edad se transforma en una generación activa, caracterizada por su capacidad de protesta y de acción en común; segundo, de qué modo se articula esa identidad generacional en movimientos reivindicativos de tipo juvenil; y, tercero, qué capacidad tiene

un movimiento de protesta de estas características para influir en la política de un país. La formulación de estas preguntas y las respuestas que trata de darles, buscadas en la historia, son ambiciosas y superadoras de una consideración exclusivamente historiográfica del periodo y de sus protagonistas. Con este planteamiento, el trabajo se sitúa, nos parece, en la *historia social/sociología histórica* –nos valemos del exitoso par acuñado por Santos Juliá en su conocido libro del mismo título, ahora reeditado como un auténtico clásico–, con un cierto escoramiento hacia esta última. Efectivamente, el deslizamiento hacia la sociología histórica –e incluso hacia la sociología a secas– es claro y apreciable en el capítulo I: “Consideraciones teóricas sobre los modos conflictivos de participación política de la juventud”. En esta parte del libro –en mi opinión, la más interesante y original, pero que necesita de los otros cinco capítulos y del epílogo para sostenerse– el autor realiza algunas aportaciones más que reseñables. De un lado, deja claro cuál puede ser el alcance (limitado) de la protesta en los movimientos juveniles lastrados por algunos condicionamientos sobre los que insistirá en su conclusión, una vez que los dé por verificados suficientemente en el recorrido histórico. De otro, presenta una tipología de las movilizaciones estudiantiles en la España contemporánea, diferenciando éstas propiamente, las movilizaciones estudiantiles, de los modelos organizativos de los estudiantes (en los que distingue cuatro posibilidades: “Sindicatos nacionales de estudiantes”, “Ramas estudiantiles de los partidos políticos nacionales”, “Políticas faccionales” y “Gobierno profesional de los estudiantes universitarios”). De manera puntillosa y detallada –aunque la descripción de cada uno se la despacha prácticamente en un único párrafo– logra diferenciar seis tipos de movilización estudiantil: la “Movilización «troyana»” –todo un hallazgo el adjetivo, cuya paternidad sitúa en la novela de Alejandro Pérez Lugín, *La Casa de la Troya: estudiantina*, popularísimo autor de la primera parte del siglo XX–, “Movilización corporativa escolar”, “Movilización profesional”, “Competición política faccional”, “Acción sindical reconocida a nivel nacional” y “Gestión burocrática”. Estos tipos irán apareciendo y desapareciendo de manera compartida en los periodos históricos que relata en cada uno de

los capítulos que siguen, desde mediados del XIX a principios del presente siglo. Lo harán, como señala el autor en su conclusión, de forma cíclica y discontinua, aunque suficiente para poder trazar ciertos rasgos comunes, más allá de los protagonistas (los estudiantes) y del escenario natural de sus acciones (la universidad). Estos rasgos comunes son los que el autor logra localizar e identificar hasta el punto de ofrecer esta tipología –debe insistirse: una de las mejores aportaciones del libro–, sustentada en la realidad de los hechos que relata.

Con este planteamiento, afronta un recorrido de casi ciento cincuenta años en el que no va a renunciar a la narración de los hechos históricos –es en éstos en los que debe verificar lo que adelanta en el capítulo I– y al análisis sociológico de la “fronda estudiantil”, como la califica en algún momento. Los seis capítulos siguientes están delimitados cronológicamente de una forma que trata de ser novedosa, más allá de su punto de partida (la conocida como «Noche de San Daniel» del 10 de abril de 1865, culminación del enfrentamiento entre krausistas y neocatólicos). En la periodificación que propone trata de aunar la propia historia universitaria con lo que se sucede *fuera de ésta*, fundamentalmente la historia política –entendida en el modo tradicional–. Es ésta última la que proporciona los puntos de referencia principales (Reinado de Isabel II, I República, Restauración, Dictadura de Primo de Rivera, II República, Guerra Civil, Dictadura franquista, Democracia actual), combinados con los hechos propiamente universitarios. Esto es lo que explica que dedique, por ejemplo, al franquismo dos capítulos, el 5, “La coacción burocrática: auge y declive de la universidad franquista (1939-1959)” y el 6, “La lucha por la democracia en la universidad (1960-1976)”. Estos seis capítulos forman un todo compacto en los que afronta, como decía antes, sin renunciar al detalle, la narración de una historia de casi ciento cincuenta años. Para ello se vale de varias fuentes, del relato de otros –protagonistas o historiadores– y de fuentes directas, fundamentalmente documentales –archivos oficiales y hemeroteca–. Todo se recoge en la bibliografía, que hubiese merecido quizá –el lector interesado siempre lo agradece– una presentación clasificada, diferenciando los distintos materiales utilizados.

Lo único que nos parece un tanto discutible es el “Epílogo: los derroteros de la protesta estudiantil en un contexto democrático (1977-2008)”. Sin entrar en disquisiciones historiográficas, es evidente que se trataría de un ejercicio de *historia del presente* (de *historia vivida*, como la llama Julio Aróstegui –véase *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Alianza, Madrid, 2004–). En estas páginas, aún compartiendo algunas de las impresiones del autor, hay en muchos momentos bastante más de relato, digamos, periodístico que otra cosa. Este empeño por traer al presente el movimiento estudiantil no nos parece que aporte mucho a lo que se logra dejar claro antes, sin necesidad de hacer comparecer, por ejemplo, a la escuálida oposición estudiantil al proceso de Bolonia.

Estamos ante un libro más que recomendable, de elaboración y realización desde luego al alcance de pocos historiadores. Un libro que incluye al final unas páginas de “Conclusión” que pueden parecer reiterativas –el autor no oculta sus puntos de llegada al inicio, sino todo lo contrario–, pero que son empleadas para algo que sorprenderá a los que esperasen encontrar una suerte de enamoramiento o mitificación del movimiento estudiantil. Nada de eso. Si por algo destaca éste, señala González Calleja en la última frase del libro, si algo caracteriza a esta “Rebelión en las aulas” repetida en distintas versiones a lo largo de ese casi siglo y medio que nos describe, es por su potencialidad y por sus límites, todo a un mismo tiempo. Una conclusión digna de la probidad intelectual que uno espera encontrar en todo buen historiador, como demuestra ser, sin duda, el profesor González Calleja.

César Hornero Méndez

Alasdair MacIntyre, *God, Philosophy, Universities. A Selective history of Catholic Philosophical Tradition*, Maryland, Rowman & Littlefield Publishers, 2009, 193 pp.

El filósofo escocés Alasdair MacIntyre ha dedicado durante las últimas décadas un esfuerzo considerable al estudio de la Universidad. Su labor se ha orientado en una doble dirección: en

la historia de las “tradiciones” universitarias y en elaborar una “filosofía” de la Universidad. El libro que aquí se presenta es una síntesis de ambas vías, pues se centra en una filosofía de la Universidad a partir del estudio de la “tradicción filosófica católica”.

Tal esfuerzo es sintético y selectivo, pues establece una suerte de canon de esa tradición, examinada bajo la óptica contemporánea. El concepto de “tradicción” lo empezó a acuñar MacIntyre a partir de los años setenta, época en la que pensaba que los diferentes discursos filosóficos en el mundo actual eran inconmensurables, y que sólo podía establecerse una comunicación completa entre las opiniones que compartieran el mismo lenguaje y aceptaran unas bases comunes. Así pues, entre la filosofía católica, la marxista y la analítica, por poner un ejemplo, no podía existir un diálogo lingüístico y conceptualmente válido, pues los referentes eran, en cada caso, muy diferentes.

De este modo no podía existir una tradición mejor y una peor, pues los referentes eran distintos y, siguiendo a Kuhn, debía abogarse por un cierto relativismo. A lo sumo, podía darse un diálogo hermenéutico de pensadores en el seno de una misma tradición: Garaudy con Marx y Trotsky, o Gilson con Santo Tomás y Suárez, por poner dos ejemplos significativos.

MacIntyre, tras su conversión al catolicismo (1983), y su estudio de las obras de Aristóteles y de Santo Tomás, ha abogado por el cultivo de la virtud, que debe darse en pequeñas comunidades constituidas en torno a unos lazos ideológicos. Así, para MacIntyre las Universidades católicas deberían ser un lugar excelente para preservar esa virtud y para formar a los estudiantes en los valores cristianos (véase su trabajo “Catholic Universities: Dangers, Hopes, Choices” en Robert E. Sullivan [ed.]: *Higher Learning and Catholic Traditions*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2001, pp. 1-21).

Paralelamente a esa idea, MacIntyre ha ido concibiendo la Universidad católica como un lugar donde se podía conservar la esencia de la ortodoxia cristiana católica, contenida en el tomismo. Así pues, la Universidad es, para el escocés, un lugar idóneo para conservar y